

I

MIRÓ AL CIELO y no obtuvo respuesta. No le importó. A don Claudio le bastaron aquellas primeras gotas y el rumor lejano legado por un trueno para comprender que el aliento divino le instaba a que debía darse prisa.

La luz agonizaba intermitentemente entre las nubes grises que trajeron la tormenta y al párroco no le quedó más remedio que bajar de los altares, recuperar la perspectiva terrenal e impedir la nueva tropelía que iba a cometerse contra Dios y sus enseñanzas. Cerró tras de sí la puerta de su pequeña iglesia; con una mano se santiguó y con la otra se alzó un poco la sotana con intención de atravesar la sucesión inconexa de casas y barracones que desembocaba en las minas de hierro.

El paseo de don Claudio, inusualmente apresurado, no pasó desapercibido a dos mineros que cele-

braban el final de la jornada compartiendo un pitillo al abrigo de un maltrecho porche de madera. Entre bocanadas de humo dejaron escapar una tímida sonrisa cómplice provocada por el comentario de uno de ellos.

—Corre, diablo cojuelo, que se escapa otra alma.

Al enlutado no le pareció oportuno detener la marcha y malgastar su tiempo con el blasfemo. Además, mantener el equilibrio en aquel encharcado e irregular suelo que a duras penas admitía el descompás de su cojera, le resultaba ya de por sí excesivo. Toda su atención se concentraba en el grupo arremolinado ante la pequeña cabaña de piedra de los Areso.

Una hilera de miradas desafiantes saludó la aparición del recién llegado. El cura se detuvo a pocos metros de aquel muro humano y calibró la situación dictada por los rostros de hombres y mujeres que custodiaban el cajón de madera que contenía los restos mortales de Ángel Areso. No dijo nada y a pesar de que en aquel instante la lluvia era la menor de sus preocupaciones, se decantó por buscar refugio a la espera de los refuerzos que le habían sido prometidos.

—Eh, señor cura, véngase para acá. —El aludido miró a un lado e intuyó entre las penumbras de un almacén abandonado el capote de un guardia civil que con la mano le indicaba que se acercara. Sin dudarle un instante entró en el recinto ruinoso.

Aquí y allá se movían inquietas las sombras de ocho guardias civiles. Algunos charlaban despreocupadamente, otros secaban minuciosamente sus fusiles

Máuser y en el centro, sentado sobre una carretilla herrumbrosa, un oficial se servía de una bayoneta para quitar el barro que quedó incrustado en las suelas de sus botas. El teniente Crispulo Angulo no pudo ocultar un esbozo de risa cuando vio la sotana empapada que avanzaba hacia él.

—Quietos y firmes, *pater*, tal y como usted los quería. —Devolvió la bayoneta a uno de sus subordinados y mientras se ajustaba las polainas sentenció—: Se hace tarde. ¿Acabamos ya?

Don Claudio miró a través de una ventana al centenar de personas que permanecía bajo la lluvia torrencial custodiando el cajón.

Se suponía que aquella debía ser la lógica escenificación de un nuevo y dramático episodio enmarcado en la última gran huelga minera que se declaró en julio de 1910. Cuatro años antes, los cabos quedaron sueltos. Al igual que esta, la de 1906 fue una movilización obrera en toda regla, quizás no tan prolongada, pero sí igual de dura. En aquella, los mineros de las Encartaciones dejaron constancia de su desencanto mediante una carta dirigida a la Asociación de Patronos de Minas.

Muy señores nuestros:

En el último congreso de obreros mineros de Vizcaya celebrado en Ortuella, entre otras cosas, se acordó lo siguiente:

1. Reclamar a ustedes la jornada de nueve horas durante todo tiempo.

2. Exigir de ustedes sea respetada la ley del general Loma, dictada en el año 1890, o sea abolición de las tareas. Lo que ponemos en conocimiento de ustedes para que resuelvan sobre el asunto de esta comunicación.

Sin más, salud les desean sus afectísimos servidores.

Presidente, José Pérez. Secretario, Juan Ortega.

La Arboleda, 10 de abril de 1906.

La respuesta de los potentados no se hizo esperar.

En contestación a su carta fecha 10 del corriente mes, la Junta directiva de la Asociación de Patronos Mineros de Vizcaya ha acordado manifestar a ustedes lo siguiente:

1. Que no les consta a los patronos mineros de Vizcaya que ustedes tengan legítima representación de los obreros que trabajan en las minas, por lo que nada podrán tratar con ustedes de lo que se refiere a la organización de trabajo.
2. Que para evitar tergiversaciones los patronos mineros manifiestan:
 - a. Que están cumpliendo en todas sus partes y dispuestos a continuar cumpliendo, el convenio de mayo de 1890 con el general señor Loma, cuyo cumplimiento piden ustedes en su carta.
 - b. Que, por tanto, están dispuestos a que las horas de trabajo en las minas sean las que en dicho convenio se establecen, y no en otros.
 - c. Que no refiriéndose dicho convenio para nada a las tareas y siendo estas beneficiosas para los

obreros, no estiman razonable el suprimirlas, privando de este beneficio a los obreros.

- d. Lo que en cumplimiento del acuerdo referido tiene el honor de comunicar a ustedes su afectísimo y s.s., Federico Zavala, secretario.

En octubre de 1910, las comunidades mineras perseveraban en su empeño de seguir peleando por un salario de 3'50 pesetas y nueve horas de jornada laboral. Atrás debían quedar los barracones y cantinas obligatorias que dirigían los patronos.

Pero aquello no era Gallarta, ni Ortuella, ni tan siquiera La Arboleda. Era un minúsculo y anacrónico territorio que tras hacerse eco de los pequeños triunfos logrados por las zonas colindantes, perseveró en su desesperado intento por seguir apretando las tuercas al cacique de aquel minúsculo trozo de tierra y hierro que, al parecer, un día tuvo nombre. Ya nadie lo recordaba. Ahora era la tierra de Rob Reed, un poderoso potentado galés que tras comprar aquellas minas a la compañía Franco-Belga, impuso su propia ley al margen de las directrices marcadas por los patronos del Círculo Minero. Aquella era, en resumidas cuentas, la ingrata tierra que albergaría para siempre el cuerpo de Ángel Areso, el viejo socialista que quiso orquestar una nueva movilización y pagó su temeridad con seis cuchilladas.

El cura guardó el pañuelo tras secarse la lluvia y el sudor que recorrían su abotargado rostro. Intentó poner en orden los cuatro pelos grises que coronaban su

cráneo y, nuevamente, dirigió su nariz aguileña hacia el oficial de la benemérita.

—Que sea lo que Dios quiera. Salgamos.

El teniente Angulo asintió y ordenó a la compañía que cubriera sus uniformes grises con capotes y cargara las recámaras de los fusiles. Uno de ellos levantó la mano.

—Señor, ¿calamos las bayonetas?

—Por todos los santos, Gómez —le respondió distraídamente mientras, con mucho cuidado, se esmeraba en que el tricornio no estropeara su peinado firmemente domado por el fijador—. No sea usted exagerado.

Tropa y clero saltaron al exterior, donde les aguardaba la lluvia y una comitiva fúnebre entumecida por el frío y la impotencia. Don Claudio se adelantó varios metros y Crispulo Angulo soltó un tímido «joder» cuando comprobó lo poco que le había durado el lustre de sus botas.

Mientras tanto, de entre las filas mineras se adelantó la figura de Ezequiel Bocanegra, reconocido socialista y gran amigo del difunto.

—Señor cura —el minero se ahorró las buenas tardes—, ¿qué clase de misericordia predicas que ni siquiera permite enterrar a nuestros muertos?

—No hagas honor a tú apellido, Ezequiel, y déjate de mítines —respondió el cura—. Sabes perfectamente que aquí no hay cabida para ese territorio del pecado al que denomináis con excesiva alegría «cementerio civil».

El minero se desprendió de la raída manta con la que cubría su enorme estatura.

—La viuda no quiere que los restos de su marido reposen en una cuneta olvidada y mucho menos en un cementerio que esté bendecido por usted. Ahórrese la misa. Sólo queremos enterrar al muerto.

—Imposible. —El cura se dirigió a la tropa—. Teniente, ordene a sus hombres que cojan ese ataúd y me acompañen.

De inmediato, cuatro guardias civiles colocaron sobre sus hombros el pesado cajón de madera mientras el resto de la tropa apuntaba sus armas contra la enfurecida muchedumbre.

El sonido de un claxon interrumpió la disputa. Tres flamantes Hispano-Suiza negros y un gran carro tirado por mulos cruzaron el lodazal, que estuvo a punto de convertirse en campo de batalla.

Críspulo Angulo observó la escena mientras atusaba su frondoso bigote.

—Justo a tiempo *pater*, por fin llegaron sus arcángeles.

Sin detener su marcha, la pequeña caravana enfiló directamente hacia la explanada que hacía las veces de improvisada plaza. De las casas y barracones de piedra que componían el pueblo salieron sus gentes. Lenta, calladamente y sin dar importancia a las miradas cargadas de reproche que recibían por parte de quienes todavía permanecían atrincherados junto al muerto, la comitiva fúnebre padeció un lento goteo de

deserciones. Era inevitable, acuciados por el hambre, el frío y el miedo a tener que hacer frente a una nueva epidemia, buena parte de la castigada comunidad recibió con dolorosa resignación la llegada de las hijas de «San Vicente de Paul». Un ejército perfectamente adiestrado e integrado por señoras de noble cuna que, abanderadas por doña Sebastiana, la esposa de Agustín Iza, el cacique de Gallarta, domaban las revueltas más encomadas atacando siempre por el flanco más débil. La lluvia menguó finalmente y las damas encopetadas salieron de sus vehículos. La señora de Iza hizo una señal a varios mozos y estos comenzaron a distribuir entre la población que se arremolinaba alrededor del convoy las mantas y víveres que transportaba el carro. Infalible, ya nadie apenas recordaba que había un muerto por enterrar.

Los tricornios que secuestraron el improvisado féretro abandonaron la escena tranquilamente, la maltrecha comitiva insurgente se inclinó por callar su derrota. Don Claudio dio gracias a Dios y a la señora de Iza, con quien tenía pensado reunirse en cuanto diera por finiquitado tan desagradable asunto. La voz ronca de Ezequiel Bocanegra le asaltó por la espalda.

—¡Eh, señor cura! —El minero sacó una perra chica del bolsillo y la lanzó a los pies del sacerdote—. Espero que con esto le alcance para una misa cantada.

Seguidamente, el minero se acercó hasta donde permanecían los suyos y posó sus grandes manos sobre los hombros de la viuda.

—No te preocupes mujer, esta noche enterramos a tu marido.

Dio algunas indicaciones a varios hombres que portaban palas y todos juntos se dirigieron a la parte trasera de la cabaña, donde les aguardaba otro rudimentario cajón de madera que se hallaba oculto bajo una pila de leña.

—Venga, démonos prisa. —Ezequiel sonrió a los suyos—. ¡Enterremos de una vez por todas al viejo!

II

DESCENDIERON LAS LOMAS mutiladas a golpe de mazo y dinamita, conformando un cansino peregrinar que nacía de las minas El Carmen, La Concepción, Disgusto, Hormidas, Rosario, Barga 1, Barga 2 y Barga 3 y desembocaba en la plaza del pueblo. De allí, cada cual se dirigía hacia sus respectivos hogares, donde les aguardaba un reconfortante plato caliente de alubias con tocino.

Los había quienes prolongaban su despedida, conversando animosamente alrededor de hogueras improvisadas. Afortunadamente, la lluvia no se dejó ver durante buena parte del día, lo que permitió que la comunidad al completo retomara sus quehaceres. Pero aquella tarde el frío quiso asomarse doblemente afilado y traspasaba con gran facilidad los remiendos que ves-

tían los trabajadores. Se frotaban las manos al calor de la lumbre y hacían circular los pitillos mientras rememoraban las dramáticas escenas que, dos noches atrás, se vivieron en el doble entierro de Ángel Areso.

De ello hablaba, precisamente, el burgalés Pedro Gripa con una docena de compañeros cuando advirtió la llegada de un camión. Golpeó levemente con el codo al que tenía a su derecha y cuando el aludido se dio por enterado ambos dijeron adiós al resto. Dejaron atrás el abrigo del fuego para acercarse hasta el vehículo, del cual saltaron a tierra los trabajadores que habían sido destinados a la carga de calcinado. No resultó tarea fácil reconocerlos bajo la tupida capa de polvo negro maloliente que los cubría por entero. Algunos mostraban profundas llagas en las manos, provocadas por las brasas que, poco antes, habían transportado en cestos rudimentarios. De entre todos ellos, y por su altura, destacaba Ezequiel Bocanegra.

Saludó a sus dos compadres mientras depositaba el raído zurrón que portaba al hombro en uno de los bordes del lavadero comunal. Se soltó las correas que amarraban su tapabocas ennegrecido, y con una masa informe de grasa que pretendía ser jabón se frotó aquellas partes del cuerpo que quedaron al descubierto. Zambulló la cabeza repetidas veces en el agua gélida y finalizó la operación vistiéndose con una camisa y una chaqueta gruesa que competían en zurcidos. Tras meter la ropa de faena en el saco, carraspeó profundamente y lanzó un escupitajo negro al suelo.

—Pedro, dame un pitillo —se dirigió a uno de sus camaradas.

El otro, un joven de 17 años que respondía al nombre de Eladio Ramos, encendió un fósforo. Boca-negra advirtió los movimientos de la diminuta llama.

—¿Nervioso?

—No, Ezequiel, es este frío.

Desde las alturas, el minero le regaló una amplia sonrisa esbozada entre restos de hollín. Tras alborotar el pelo y la boina de Eladio, aspiró con ansia el humo del cigarrillo.

— Venga, movamos el culo hasta la cantina. —Dio una última calada y tiró los restos del pitillo a un charco.

El trayecto no era muy largo. La iglesia, el lavadero, la escuela y la cantina conformaban el epicentro vital de una población nacida de la tierra a partir de rudimentarias casas de peones cuyas fachadas alternaban, sin aparente orden, piedra y madera. Al lado de estas se alzaban los discordantes barracones, y lindante a esta orgullosa geografía de miseria surgían dispersas algunas chabolas provisionales que, en la mayoría de los casos, albergaban a los trabajadores que, un año antes, llegaron de fuera contratados por el Círculo Minero y Rob Reed para cubrir los puestos de quienes habían decidido secundar las huelgas. A pesar de que el hambre cuestiona todo tipo de conductas, el esquirolo sabía que nunca era bien recibido. Así que, o bien asumía su rol de paria o, por el contrario, regresaba por donde había llegado.

El edificio más emblemático de la comunidad se encontraba en las alturas, allá donde las canteras se convertían en planos inclinados y los cables por los que transitaban las vagonetas cargadas de mineral conformaban una irregular tela de araña. Desde la cima, siempre acechante, se erigía el nido de águila que albergaba, desde hacía diez años, a la familia de aquel galés que irrumpió en la comarca como un vendaval, Rob Reed. Un tipo de complexión fuerte, no muy alto, pero duro como una piedra. Su cabellera ensortijada y rojiza se prolongaba a través de un gran bigote de estilo prusiano que enmarcaba una mirada gris y penetrante. Al contrario que buena parte de los grandes patronos, desechó la comodidad que le hubiera proporcionado una fastuosa mansión en Neguri o Biarritz. Su estilo de vida era más bien espartano. Cada mañana recorría a caballo los límites de su pequeño reino y gustaba de pasearse entre las filas mineras con la fusta en la mano. Se rumoreaba que abandonó su país natal por culpa de un asunto turbio en el que estuvo involucrado su único hijo, Dylan. A pesar de ello y casi de manera clandestina, el viejo solía realizar esporádicas escapadas a Gales para estar al corriente de los negocios mineros que todavía poseía allí. Compró aquellas minas a la Franco-Belga con intención de destriparlas sin compasión para retornar, en cuanto fuera posible, a su añorado país. Su hogar delataba sus intenciones. Era una estructura de madera de doble planta construida apresuradamente y de apariencia humilde, muy provisional. Los pequeños

jardines que la circundaban aportaban el único toque de distinción a un conjunto que desprendía una rara sensación de tristeza.

Ezequiel Bocanegra desvió la mirada de aquel edificio y se apresuró a entrar en la cantina junto a sus dos compañeros cuando tropezó con alguien que salía a la calle en aquel preciso instante. Hubo silencio y cruce de miradas, sin espacio para las disculpas. Se trataba de uno de los sicarios preferidos del potentado, el capataz Sebastián «El Pascua». Un confeso hijo de puta que aprovechaba la menor excusa para mostrar el cuchillo que siempre ocultaba bajo la chaqueta. «El Pascua» siguió su camino dejando tras de sí la estela de una sonrisa que logró colarse entre sus dientes podridos. Ezequiel se dirigió a sus acompañantes.

—Será mejor que entre yo solo. Marchaos a casa que mañana ya os contaré lo que ha pasado.

El local era amplio, oscuro y sin apenas ventilación, lo cual provocaba que en su interior se condensara una atmósfera recargada y agravada por la amalgama de olores que emanaban de los alimentos almacenados sin orden, el humo de los cigarros y el vino. Era el único local de la comunidad donde se podía beber y comprar alimentos y, como todo lo concerniente al pueblo, pertenecía a los Reed.

Ezequiel interrumpió a José «El Gallego», que andaba muy ocupado trasladando un saco de patatas.

—José, ponme un vino. El tendero-tabernero soltó un bufido y arrastró su orondo cuerpo hasta la ba-

rra desconchada. Sirvió al inoportuno cliente y recogió algunos vasos que habían quedado desperdigados a lo largo del tablón.

—¿Está Martín? —preguntó el recién llegado. «El Gallego» se limitó a señalar con el dedo hacia un rincón.

Ezequiel pagó su consumición y miró a su alrededor. Alguien tosía al fondo del local. Se adentró en la penumbra tenuemente iluminada por varios candiles y tropezó con un fantasma que, sentado ante una mesa, intentaba completar un solitario.

—Hola, Martín. —El recién llegado apartó a un lado de la mesa un plato con restos de comida, posó su vaso y tomó asiento frente al hombre que continuaba moviendo los naipes sin prestarle la más mínima atención.

—¿Ya no te acuerdas de mí? —Al instante, dos ojos enrojecidos se fijaron en él.

—Ezequiel Bocanegra, el socialista. ¿Qué te trae por aquí? —lo dijo en un tono despreocupado.

—Iré directamente a la cuestión. Vengo a pedirte un gran favor. Por la memoria de Ángel Areso. —El minero meditó un instante sus palabras y tras cerciorarse de que no había testigos entre las sombras, le susurró—: Queremos darle al galés donde más le duele. —Hizo una nueva pausa, mientras de la baraja se asomaba el as de espadas—. Queremos que mates a su hijo.

Nada se alteró en el rostro del espectro. Quizás algo parecido a una mueca que quedó interrumpida por una tos cavernosa. Cuando se calmó, retomó la partida.

—¿Perezagua está al corriente de lo que estás tramando? —Quiso dar por finiquitada la charla rápidamente—. Será mejor que vuelvas a casa y duermas la borrachera.

—La Organización no tiene nada que ver en esto. Te lo estamos pidiendo todos —elevó el tono—. Esto no puede continuar así. Desde que el viejo tuvo que largarse a Gales para resolver otras huelgas que le han salido por allí y su hijo se ha encargado de llevar las riendas de las minas, la situación se ha vuelto insostenible. Tú conoces mejor que nadie al pequeño bastardo. ¿Acaso ya no recuerdas lo que te hizo?

Aquellas palabras debieron presionar algún resorte oculto porque Martín soltó las cartas y de inmediato colocó el filo de su navaja en el cuello del aprendiz de conspirador.

—No te tengo miedo —Ezequiel prosiguió con su discurso a pesar de que la mirada de su ahora adversario no delataba nada bueno—. Ya ves, es lo que pasa cuando no se tiene nada que perder. Cuando Ángel quiso organizar una nueva huelga lo mataron. Rob Reed llenó los bolsillos del gobernador para que mantuviera a sus forales apartados de la zona. Haremos una colecta. Lo que tenga que hacerse no se hará gratis. Además, no tienes por qué preocuparte de las represalias... podemos organizar tu huida a Francia.

—¿Francia? ¿Pero de qué cojones me estás hablando? —Guardó su navaja automática.

—Piénsatelo bien. Hubo un tiempo en que tú también fuiste como nosotros.

—Y también recuerdo que un día compartimos una buena amistad. Pero eso ocurrió hace mucho, en otra vida. Ahora lárgate de aquí y no le des más vueltas a esa locura.

Ezequiel se levantó de la silla, pero no pudo evitar una última tentativa.

—Tú tampoco tienes nada que perder, Martín. ¿Cuánto tiempo te queda?

—El suficiente como para saber que no está en venta. Adiós, Ezequiel.

Cuando el minero salió a la luz, Martín ordenó la baraja, cogió uno de los candiles que iluminaban la cantina y se dirigió a su habitación. En realidad, se trataba de una pequeña estancia que antaño se utilizaba como almacén de la cantina. Colgó la lámpara en la viga que atravesaba un sucio y reducido espacio de piedra, carente de ventanas, cuyo mobiliario se reducía a un camastro, una mesa, una silla y un arcón que reposaba justo al lado de otra puerta que daba a la calle. No le gustó lo que vio reflejado en el espejo que colgaba de una de las paredes. Un rostro demacrado y ojeroso donde crecía desordenadamente una barba de varios días y un pelo negro enmarañado.

Los pocos que tenían algún motivo para acercarse hasta él le llamaban Martín, a secas, su apellido nunca era pronunciado debido al respeto que la comunidad profesaba a su difunto padre; a cambio, le apodaban

«El griego», porque según afirmaban algunos rumores, algo debió perder allá por Grecia. Una vez al mes, se trasladaba hasta Bilbao para traer una prostituta. Una gentileza del patrón hacia sus trabajadores. Mientras su camastro servía de picadero provisional para los mineros que echaban un polvo rápido con la prostituta, se encargaba de vigilar la cantina para impedir que se montaran las habituales trifulcas causadas por la consumición excesiva del matarratas que despachaba «El Gallego». Más de uno portaba en la cara la marca que dejó su navaja y rara era la ocasión que se dejaba ver a la luz del día, así que su extraña conducta y oficio inspiraban todo tipo de conjeturas.

La imagen desapareció del espejo. Depositó sobre la mesa su preciada navaja de empuñadura nacarada y cogió un frasco de cristal. Se deshizo de los tirantes y de una camisa, que como el resto de su indumentaria denotaban haber vivido tiempos mucho mejores. Bebió un trago y ya, sentado sobre el camastro, fijó su atención en su posesión más preciada. Se trataba de un cuadro pintado mediante una técnica muy pobre que destacaba, sobre todo, por su inspirada gama de colores. El óleo representaba una isla salpicada de casitas blancas y rodeada por un mar azul turquesa. Dejó que el láudano hiciera el resto mientras, una vez más, se dejaba arrastrar a través de aquella ventana.

III

SUS GRITOS Y CARRERAS alteraron por completo la monocorde sinfonía vital.

Siempre eran bien recibidas estas discordancias que, diariamente, renacían tras el tañido de la campana que anunciaba el final de las clases. A cambio de ese brote de alegría, los más ancianos velaban el juego de los niños cuando salían del colegio y se concentraban alrededor del lavadero. Qué más podían hacer, la experiencia les decía que, tarde o temprano, la mina acabaría por arrebatárles su infancia.

Una niña se alejó del resto cuando descubrió la imagen de Carmen Areso. Una mano arrugada acogió entre sus dedos otra que sólo conocía cinco años de vida y de esta manera, unidas por las manos, las dos se dirigieron hasta el hogar de la pequeña María, la hija de

Lucía y Sebastián Baños. Una pareja de jornaleros jienenses que, siete años atrás y espoleados por el hambre, decidieron establecerse en esta engañosa tierra de promisión, donde no tardaron en entablar amistad con los Areso. El nacimiento de María fortaleció los lazos de esta feliz reunión; mientras el padre subía a la mina y la madre bajaba a los lavaderos de mineral o cargaba las gabarras, Carmen se hizo cargo del cuidado de la pequeña. Compartieron pocas alegrías y muchas miserias. Una explosión provocada por una carga de dinamita en mal estado se llevó por delante a Sebastián tres años después de que naciera María y sólo tres noches atrás, fue a Carmen quien le tocó enterrar a Ángel. Solas, pero permanentemente unidas, las tres compartían ahora la casa de los Baños.

Entre juegos y risas, sin prisa, como debe hacerse este tipo de cosas, la anciana y la niña cruzaron la calleja donde se encontraba la casa. Cuando se disponían a entrar en ella, la viuda de Ángel Areso notó un leve tirón en su falda.

—¿Puedo quedarme en la calle un poquito? —Era una súplica disfrazada de sonrisa.

—Sólo un poco. La comida ya está casi preparada y tu madre no tardará en llegar.

La anciana se retiró y la niña se quedó a solas por unos instantes en ese espacio único que delimita el mundo real de la fantasía. Avanzó varios metros hasta colocarse frente a la fachada que ocultaba el peor de sus terrores y la mayor de sus curiosidades. En su mente

coabraba forma la advertencia mil veces escuchada: «No te acerques a esa puerta, que dentro vive el lobo». Como en todo cuento que se precie de serlo, la puerta prohibida que siempre permanecía cerrada se abrió.

La niña, sobresaltada, dio un paso hacia atrás cuando salió al exterior una imagen delgada que cubría su cabeza con una visera gris ancha y llevaba sobre los hombros una chaqueta del mismo color e igual de desgastada. A pesar de que el miedo primitivo no desapareció por completo, no pudo evitar cierta decepción ya que aquel ser no se parecía en nada al lobo descrito por Carmen en sus cuentos. Aunque, a lo mejor, se trataba en realidad de un fantasma, por que era tan blanco como la nieve y sus ojos estaban cubiertos por unos misteriosos vidrios oscuros. El extraño recogió del suelo un trozo de madera, se apoyó contra la pared de la fachada y sacó algo del bolsillo que, tras un chasquido metálico, se transformó en cuchillo. La niña quedó paralizada, sobre todo cuando Señor Lobo abrió sus fauces.

—¿Cómo te llamas?

—María —le respondió, sin apartar la vista de los anteojos—. ¿Y tú?

—Martín.

No se cruzaron más palabras. La pequeña quedó hipnotizada por los movimientos ágiles que realizaba la hoja sobre la madera. No tuvo que esperar mucho tiempo para ver el resultado final.

—Toma. Esta noche, cuando te quedes dormida y

sueños con él, te llevará muy lejos de aquí. —Extendió su mano y le ofreció la tosca figurita de un caballo.

—¿Es mágico? —Sus ojos claros brillaban como soles.

—Por supuesto, y tanto como tú quieras que lo sea. —Un nuevo chasquido hizo que el filo de la navaja desapareciera.

Soltó un grito de alegría, y cuando quiso correr hasta su casa para mostrar el regalo que le había hecho Martín el Lobo escuchó la voz de su madre que la llamaba. Viró completamente su rumbo y se lanzó directa hacia aquel abrazo extendido que abarcaba toda la calle. El otro también giró su atención, sobre todo para evitar la dura mirada de reproche que le lanzaba desde el umbral de la casa vecina la viuda Areso.

Enseñó a su madre el preciado objeto mágico y cuando pasaron por delante del mago del cuchillo, Lucía se detuvo un instante, el tiempo necesario que se requiere para decir un simple y escueto «Gracias» pero que, dedicado por la más hermosa de todas las sonrisas, pareció toda una eternidad.

—Señora —respondió él mientras apretaba la punta de su visera con los dedos.

Lucía Baños era realmente hermosa, poseía ese atractivo que ni el trabajo agotador ni los años pueden arrebatar. Uno podía intuir que dentro de aquel marchito vestido azul se movía con gracia un cuerpo delgado y fibroso. Ni siquiera el pañuelo negro, firmemente anudado en la parte posterior de su cuello, podía

impedir que su pelo azabache y ondulado se asomara coquetamente por la frente. Su rostro era moreno y estaba permanentemente iluminado por unos ojos marrones que aprovechaban el más mínimo haz de luz para brillar en toda su intensidad. Dos ojos y una sonrisa bastaron para atravesar al desconcertado lobo que de inmediato buscó refugio en su cubil.

IV

EL ROSTRO Y LOS MOVIMIENTOS de Ezequiel Bocanegra evidenciaban que había sido un día muy duro. La larga caminata y la tensa reunión que había mantenido con la Comisión de huelga en el Centro Obrero de Gallarta comenzaban a pasarle factura. Removió un poco las brasas que calentaban el fogón alto de su humilde casa de peón y se sirvió del puchero un buen plato de garbanzos viudos. Cuando se disponía a quitarse las alpargatas y los trozos de tela que utilizaba a modo de calcetines, sintió cercana la presencia de Matilde.

—¿Te he despertado? —preguntó el minero.

—No. Estaba con los niños —respondió ella en voz baja mientras recogía la boina que su marido había lanzado sobre la mesa—. Parece que el pequeño ha cogido algo de frío y el mayor se ha pasado todo el rato pre-

guntando por ti, hasta que se ha quedado dormido. ¿Qué tal en Gallarta?

—Como siempre, bien y mal. Al parecer, la Organización se encuentra bastante debilitada pero Benito Bugedo, Zarraquín y el resto parecen decididos a proseguir con la huelga. Dentro de una semana quieren celebrar un gran mitin en Castro. —Bocanegra se sirvió un trago de vino y prosiguió—: Facundo Perezagua quiere que retome las funciones de Ángel.

Quizás porque se lo temía, Matilde se limitó a suspirar.

—¿Qué quieres que haga? —Masticó ruidosamente un mendrugo de pan duro—. Es lo que hay. Mañana mismo me reuniré con los compañeros y movilizaremos todas las canteras. Espero que me ayudes con los embarcaderos.

—Ya sabes que sí —respondió Matilde—. Pero Perezagua debería saber cómo funcionan por aquí las cosas.

—Ya lo sabe.

—¡No lo sabe! —La mujer frenó su voz cuando escuchó una ligera tos proveniente del otro lado de la cortina que separaba la cocina y los camastros—. ¿Por qué no llegan los forales? Aquí sólo mandan los matones y la Guardia Civil que tiene comprada ese galés de los demonios.

—Tranquila. Quizás todo cambie de una vez por todas.

—Anda, «Socialista», no sueñes despierto. —Ma-

tilde besó a su marido—. Vayamos a la cama que mañana nos espera una jornada muy dura.

—Enseguida voy.

Quiso permanecer a solas un momento. Abstraído en sus pensamientos mientras miraba fijamente la pequeña losa de piedra que ocupaba un rincón de la cocina. Allí donde reposaban los restos de Inés, su hija de tres años, fallecida a consecuencia de la epidemia de tifus que asoló la comarca en 1906.

Alguien golpeó la puerta. Matilde regresó de inmediato a la cocina.

—¿Esperas a alguien?

—Tranquila. Quizás sea Pedro.

En cuanto Ezequiel abrió la puerta se encontró, cara a cara, con una montaña que lo empujó con fuerza hasta el otro extremo de la vivienda. Bocanegra era alto, pero aquello que surgió de la nada le sacaba al menos una cabeza de altura. Casi rozaba el techo del habitación con el ridículo sombrero que coronaba su cima. De inmediato entró el resto del grupo compuesto por Sebastián «El Pascua», el teniente Crispulo Angulo y un pequeño ser que parecía haber sido expulsado de alguna pesadilla. No sin cierta dificultad, lograron reducir al minero. El más grande le obligó a sentarse y mientras «El Pascua» jugueteaba con el cuchillo delante de sus narices, los niños se despertaron sobresaltados.

—¡Sácalos de aquí, mujer! —gritó Ezequiel mientras intentaba zafarse del abrazo del gigante.

El teniente de la Benemérita miró su reloj y volvió a guardarlo en el interior de un traje bien cortado. Esa noche no tocaba pasear el uniforme. Se dirigió al prisionero en tono irónico.

—¿Para cuándo es la huelga?

El minero permaneció en silencio. A cambio, «El Pascua» le descargó en la mandíbula un fuerte puñetazo.

—Verás, te explico la situación —prosiguió Angulo pausadamente—. Ahora mismo nos da exactamente igual que abras la boca. Sabemos que has estado en Gallarta, lo cual quiere decir que te han apretado las tuercas para que pongas en marcha la huelga que quiso iniciar Areso. Pero... no sé, hay algo en todo esto que no encaja. En fin, Ezequiel, ya no te molestamos más. Eso sí, será mejor que busques otro oficio menos arriesgado y lejos de aquí porque tus días de minero ya se han terminado.

El enano se acercó portando una barra de hierro. Ezequiel intentó, por última vez, zafarse de la montaña. Imposible. «El Pascua» le agarró por el brazo izquierdo y tiró de él cuanto pudo. La barra cayó repetidas veces sobre el brazo hasta que, finalmente, crujió. Matilde y los niños corrieron hasta el herido, que ahora yacía en el suelo retorciéndose entre gritos de dolor. El de la Benemérita se dirigió a los suyos.

—Todavía nos queda otra visita.

Cuando el cuarteto salió a la calle fue recibido en silencio por un grupo de curiosos que saltó de sus ca-

mas alarmados por el ruido y los gritos que provenían de la casa de los Bocanegra. Nadie molestó a los visitantes en su ruta hacia la cantina.

Fue como si alguien tirara de él e interrumpiera su visita fugaz al harén de Alá. Las bellas huríes desaparecieron del paraíso artificial. El sueño arabesco y barroco saltó hecho añicos cuando de entre las penumbras se asomó el rostro de «El Chino». Instintivamente quiso alargar el brazo para coger la navaja que, vagamente, recordaba haber depositado sobre la mesa. Cayó al suelo envuelto en un pesado sopor que impedía cualquier sincronía en sus movimientos. Un coro de risas acompañó la caída y una patada en las costillas le acercó un poco más a la realidad.

—Este hijo de puta está muy lejos de aquí. —Crispulo Angulo balanceaba ante sus ojos un pequeño frasco de cristal.

—¿Lo rajo ya? —A «El Pascua» se le notaba ansioso por sacar el cuchillo.

—Ni se te ocurra —le reprendió el guardia civil—. Coge ese cubo de agua y espabílalo.

Cuando Martín despertó bruscamente, volvió a tropezar con la cara de «El Chino», un tipo que hubiera hecho las delicias de cualquier circo ambulante de no ser por su innata propensión al asesinato. Su corta estatura podía invitar al engaño si uno no reparaba antes en su cara redonda esbozada por rasgos orientales.

Aquel maremágnun de remiendos que llevaba por rostro conformaba un detallado mapa de violencia, donde cada una de las cicatrices que lo surcaban llevaba inscrito el nombre de un muelle, una taberna o un callejón poco iluminado. Sus días como asesino nómada finalizaron cuando Rob Reed lo rescató de algún puerto y lo contrató para que velara por la seguridad personal de su hijo. Grotesco y temible. Nunca decía nada, únicamente esbozaba una mueca de satisfacción cada vez que el amo le quitaba la correa. Al tipo grande que tenía que agachar la cabeza para no romper el techo no lo conocía, probablemente se trataba de un esquirol reclutado en las minas; el tercero era el capataz «El Pascua» y el que gobernaba aquella feria de fenómenos era el civilón Angulo.

—Ya veo que habéis sacado al mono de paseo —acertó a decir Martín.

«El Chino» le propinó otra patada en las costillas.

—Martín, Martín... —canturreaba el jefe de pista—. Como te puedes imaginar, a Dylan no le ha hecho ninguna gracia que hables con los socialistas.

El teniente prosiguió con su melosa alocución mientras se atusaba el bigote frente al espejo.

—Cada cual volverá a lo suyo cuando me digas qué cojones quería Ezequiel de alguien como tú.

Martín intentó levantarse del suelo, pero la pistola que esgrimía el mono macabro le hizo cambiar de idea. Permaneció en silencio.

—Al parecer, hoy no quiere hablar nadie —insistió Angulo.

Tampoco hubo respuesta.

El guardia civil indicó a sus perros que se lanzaran sobre la presa. «El Chino» le golpeó en la boca con la culata de su revólver y los dos sicarios restantes no se hicieron esperar.

—No lo matéis —apuntilló el teniente—. Ya sabéis el aprecio que Dylan le tiene a su mascota.

Martín inició un nuevo viaje, pero esta vez directo al infierno. Sintió que le reventaban las entrañas. Rabió su dolor entre estertores provocados por la tos y la sangre que manaba de su boca.

—¡Por todos los santos! Os dije que no lo matarais.

Crispulo empujó a los suyos fuera de la habitación.

Tendido en el suelo y semiconsciente, Martín giró a un lado la cabeza e intuyó que estaba viendo por última vez la ventana azul turquesa.